

Haciendo de República · Julio Camba

INTRODUCCIÓN:

Antes de la República, yo vivía en paz y en gracia de Dios, ignorando generalmente quién era ministro de Estado o quién tenía a su cargo la cartera de Hacienda. Dado mi concepto general de la política, no me interesaban nada los detalles, y sólo el cambio de régimen pudo vencer mi pesimismo, haciéndome seguir con cierta curiosidad la marcha de la cosa pública. Fue un momento, nada más que un momento, y por eso este libro, donde se comenta la actuación de los primeros Gobiernos republicanos, no dice una palabra de los segundos. [...] Y hecha esta advertencia, que considero indispensable, pasemos a contemplar las prodigiosas criaturas y los fenómenos nunca vistos de nuestra gran barraca republicana: el divorcio, la libertad de cultos, la reforma agraria, la enseñanza laica, la secularización de los cementerios, el sufragio femenino, etc., etcétera. Hay para todos los gustos y para todos los bolsillos. [...] ¡Pasen, señores, pasen! Pasen y podrán examinar las más flamantes novedades del país de los lapones o ver a los últimos supervivientes del krausismo marcándose un zapateado a los acordes del Himno de Riego...

¡Pasen, señores, pasen!, pp. 19-20

DE LUJOS Y ENCHUFES:

Desde luego, a mí me parece muy natural que los ministros, y los subsecretarios, y los directores generales, etc., tengan automóvil; pero una cosa es tener automóvil cuando se es, por ejemplo, ministro, y otra cosa es hacerse ministro para tener un automóvil. [...] Los altos funcionarios adquirieron unos coches preciosos de último modelo, y yo ya sé que cuatrocientas o quinientas pesetas no van a ninguna parte; pero ¿qué necesidad había de que estos coches tuviesen radio cuando era evidente que ello iba a indignar a todo el mundo? Se creaban cargos especiales que quizá fuesen útiles, pero que daba la casualidad de que casi siempre se distribuían entre los amigos y los contertulios, y en los primeros meses aquello producía la impresión de una mesa de ruleta. «Y a usted ¿no le han dado nada?», le preguntaban a uno en el barrio. Y no es que uno quisiera, precisamente, que le hubiesen dado algo; pero, la verdad, se avergonzaba uno un poco. [...] Esta pregunta, que, desde luego, con la mejor buena fe y suponiéndole cierta influencia, le hacían a uno en el barrio o en su pueblo, revela el concepto que, en general, iba sugiriendo la obra de la República.

Como en el tablero de la ruleta, pp. 85-88

EL ESTATUTO DE CATALUÑA:

No se hablaba entonces más que del Estatuto de Cataluña, compromiso de honor de la República, porque algunos catalanes, reunidos un día con otros señores en un café de San Sebastián, dijeron que ellos no contribuirían a la revolución si no se les prometía el Estatuto, y, aunque la revolución no la hizo nadie y la República vino sola, los señores del café de San Sebastián acordaron [...] que, pasara lo que pasara, el Estatuto catalán estaba por encima de todo. [...] El caso fue que los catalanistas consiguieron su Estatuto, emancipándose del vago centralismo madrileño para caer bajo el centralismo directo de Barcelona, y yo recuerdo una fotografía en la que doña Margarita Nelken [...] aparecía bailando la sardana, en celebración del fausto acontecimiento. Hace veinte años, algunos naturales del Ampurdán solían reunirse los domingos en cierta calle de Barcelona para bailar la sardana, y los barceloneses se morían de risa contemplando el espectáculo de su futuro baile nacional; pero ahora no se trata de esto.

El Estatuto de Cataluña, pp. 157-159

LA ESPAÑA CATÓLICA:

Verdaderamente es mala pata la de la República. Establece el divorcio, y los matrimonios desavenidos prefieren seguir tirándose buenamente los trastos a la cabeza a solicitar el auxilio de la ley. Proclama la libertad de cultos, y no aparece por ahí ni un solo culto de mala muerte que pueda utilizar esta libertad y manifestarse en la calle. ¿Conciben ustedes algo más triste, algo más conmovedor o más patético? [...] Resultó que aquí toda la diversidad de cultos consistía, sencillamente, en que mientras unos ciudadanos adoraban a la Macarena los otros estaban dispuestos a dejarse matar por la Pilarica, y en que si éstos sentían una veneración especial por San Roque, aquéllos en cambio, no llegarían al sacrificio por nadie más que por San Fermín. [...] Fue un verdadero desencanto.

La libertad de cultos, pp. 167-168

LA DESILUSIÓN CON LA REPÚBLICA:

Ya no podemos, como antes, en nuestros momentos de irritación contra lo existente, tomarnos dos copas y gritar «¡Viva la República!», porque hoy este grito carecería totalmente de sentido. La República nos quitó la ilusión de la República, y lo grave es que, a cambio de esta ilusión, no nos ha dado ni la menor partícula de realidad. [...] La República nos dejó sin República, como si dijéramos. Nos quitó la gran ilusión republicana, y esto es, en resumen, todo lo que ha hecho.

La República, contra la República, pp. 187-189

LAS DOS ESPAÑAS:

En España hay todas las guerras, aunque nuestra Constitución no admita ninguna, y yo todavía recuerdo el tesón con que, del año 14 al 18, lucharon aquí germanófilos y aliadófilos. [...] «¿Tan sensibles son los españoles a la política internacional?», podría preguntarme algún lector poco familiarizado con nuestras costumbres. [...] Lo que ocurre es que en España hay, desde tiempo inmemorial, dos grandes bandos que se tiran al degüello, y, cuando en el mundo surgen dos naciones o dos grupos de naciones que quieren tirarse al deguello, entonces cada bando se va con la nación o el grupo más afín, no tanto por deseo de exterminar al otro grupo o la otra nación, como por afán de degollar al otro bando.

Italianos y etíopes, pp. 237-239

EL EXPERIMENTO COMUNISTA:

No creo que a estas alturas haya todavía un lector lo bastante ingenuo para creer que en Rusia existe nada que, más o menos vagamente, pueda ser definido con el nombre de comunismo. [...] Si los rusos tienen tanto interés en llevar a la práctica el sistema comunista y no encuentran para ello ningún terreno propicio en Europa, Asia, África, América u Oceanía, ¿por qué no lo implantan en la propia Rusia, donde ya se hizo al efecto el más concienzudo y escrupuloso desmoche? Si el comunismo les parece a esos caballeros un caramelo tan dulce y sabroso, ¿por qué no se lo guardan para sí mismos, visto ya que todos los demás se niegan terminantemente a tragarlo? [...] Dicen que se han visto obligados a dar marcha atrás porque el resto del mundo les hacía el vacío y que, para que el experimento comunista tenga éxito en Rusia, se necesita realizarlo previamente en algún otro país. Es como si yo, propietario, vamos a decir, de cinco mil hectáreas de excelente terreno de regadío y deseando dedicarlas al cultivo de la patata, me obstinase en comenzar por una pequeña finca de secano cuyo dueño aborreciese las féculas.

En casa del herrero, pp. 271-273

SOBRE LA DETENCIÓN DE LARGO CABALLERO:

Es el caso del Sr. Largo Caballero, quien dígame lo que se diga, no dio con sus huesos en la cárcel por hacer la revolución sino, precisamente, por no hacerla. [...] Por hacer la revolución [...] no lo habrían detenido, como lo detuvieron, vestido con una bata blanca y rodeado de los suyos, en una casa de la que era propietario. Si lo detuvieron de esa manera, que pone en la revolución española una nota tan original, no fue por lo que el Sr. Largo Caballero tenía de revolucionario, sino por lo que tenía de burgués. [...] En el fragor de la lucha [...] el Sr. Largo Caballero no se pudo contener. Pasara lo que pasara, tenía que ir junto a los suyos, cerciorarse de que todos estaban bien, inspeccionar su finquita, a ver si por casualidad las turbas habían causado en ella algún destrozo y, luego, más tranquilo en lo tocante a estos extremos, ponerse sus buenas zapatillas caseras y, convenientemente enfundado

en su preciosa bata blanca, arrellanarse, por lo menos un par de horas, en su butacón habitual. Claro que el Sr. Largo Caballero se exponía a una detención inmediata, pero ¡quién sabe a lo que estaba expuesto en la calle!

La bata blanca del caudillo, pp. 207-209

LAS MANIFESTACIONES PACIFISTAS:

¿Quiere usted un buen consejo, amigo lector? Pues cuando, al pasar por la calle, tropiece usted con un manifestante pacifista, hágase cuenta de que se ha desmandado un toro y métase corriendo en el primer portal. Yo no he visto en toda mi vida manifestaciones menos pacíficas que las manifestaciones pacifistas. [...] Por lo que respecta a España nadie, que yo sepa, quiere en ella la guerra, pero una cosa es no querer la guerra y una muy distinta ser pacifista. Al hombre pacífico le basta con que no haya guerras o con que éstas no le toquen de cerca para vivir satisfecho. El pacifista, en cambio, considera la paz como una cosa positiva que hay que imponer en el mundo a todo trance, por las armas si es necesario, y aunque los hombres no se estén peleando en parte alguna.

Guerra a la guerra, pp. 241-242

GUERRA Y REVOLUCIÓN:

La guerra es la guerra y la revolución es la revolución. La revolución es una juerga, una orgía, una bacanal que no tiene nada que ver con la guerra. Se tiran tiros. Se comen jamones. Se matan curas. Se lidia al buen burgués en las plazas de toros o se le unce a las norias campesinas. Corre el vino que es un gusto, y más aún que el vino, emborracha la sangre. Cuanto mayor es el recato de una mujer o la inocencia de una niña, con mayor fruición se las hace objeto de público escarnio, y el pueblo obtiene, al fin, esa legítima expansión que con tanto ahínco solicitaba para él mi siniestro paisano don Santiago Casares Quiroga; pero la guerra no es esto ni muchísimo menos. La guerra, por el contrario, es orden, método, disciplina, jerarquía, autoridad y responsabilidad. [...] En la guerra tienen que mandar unos y obedecer otros, mientras que en las revoluciones mandan todos y no obedece ninguno. La guerra es sacrificio y la revolución es jolgorio. La guerra es orden y la revolución desenfreno. La guerra, en fin, es lo clásico y la revolución es lo romántico.

La guerra y la revolución, pp. 255-257

ESPAÑA DESPUÉS DE LA GUERRA:

¿Qué España es la que vamos a hacer después de la guerra? ¿Una España muy moderna o una España muy antigua? ¿Una España muy siglo XX o una España muy siglo XVI? El problema resultaría irreductible si no diera la casualidad de que esas dos Españas, tan

antagónicas en apariencia, son perfectamente afines en el fondo y se resumen en una sola y única España muy nueva a la vez que muy vieja, muy tradicionalista y muy innovadora, muy de nuestros padres y muy para nuestros hijos. Toda revolución es un renacimiento, como decía Chesterton. [...] El problema de España no consiste en más que en reanudar su corriente histórica, desviada desde hace cosa de dos siglos por unos antros no menos subterráneos y tenebrosos que los del Guadiana. Tenemos que reanudar nuestra corriente histórica y esto será hacerlo todo. Será hacer una España muy nueva y será hacer una España muy vieja.

El problema del Guadiana, pp. 275-277

PATRIOTISMO DE SALÓN:

Hay en España muchísimas personas, de cuyo patriotismo no tenemos otra noticia que la de las gallinas que se engullen, las copas que se sorben o los cigarros que se fuman. Por mi parte, yo he fumado siempre unos cigarros todo lo buenos y todo lo grandes que mis recursos me permitían adquirir, y ahora, cuando en los días de júbilo nacional me fumo todavía alguno del mismo orden, no por ello me considero más patriota que el amigo no fumador o que el modesto adicto a la labor de Canarias. No. Hay grandes patriotas que fuman cigarros muy pequeños y hay patriotas pequeñísimos que fuman unos cigarros enormes. [...] Y quien habla del tabaco habla de las gallinas, de las copas, de los sabrosos cocidos, de las suculentas empanadas y de todo lo demás...

Patriotismo y gastronomía, pp. 311-313

EL RETO DE LA POSGUERRA:

Yo no sé si un cambio permanente del horario lograría acelerar un poco el ritmo de nuestra vida, cosa que no nos vendría nada mal, porque, aunque los españoles no estemos hoy en guerra como los franceses o los ingleses, estamos en una postguerra erizada de problemas, y es indudable que necesitamos aprovechar muchísimo el tiempo. [...] Antes no faltaba entre nosotros quien pretendiese justificar esta excepción, diciendo que los españoles no necesitábamos trabajar en la misma medida de los demás pueblos, justificación muy discutible, ya que, un horario tan retrasado como el nuestro, no sólo dificulta el trabajo de la colectividad, sino que dificulta asimismo sus placeres y sus diversiones, pero ¿y ahora? ¿Es que ahora tampoco tenemos los españoles ninguna tarea a que dedicarnos? ¿Es que no ha ocurrido nada en España y todo eso de los tres años de guerra fue tan sólo un cuento de miedo que nos han contado para quitarnos el apetito?

Horarios, pp. 347-349